

Química I

Imparte: Walter White

Llamil Mena Brito



OFREZCO UNA REFLEXIÓN PARA QUIENES AÚN PADECEN síntomas de febrícula por la aguda experiencia de la última temporada y el último capítulo de *Breaking Bad*. Para ellos, desde el recuento de los daños, en la necesaria remembranza del punto iniciático que nos llevó a esta trágica conclusión, es imprescindible recordarles la premisa de la cual partimos hace más de cinco años. Walter White, químico, padre de familia y frustrado científico, inició el ascendente trayecto hacia uno de los mejores retratos de megalomanía de la historia de la televisión, primero y antes que nada, desde su profesión de docente.

El problema de esta recapitulación, que rebaja la adrenalina de los alcances del áter ego de White, Heisenberg, resulta estructural. Lejos,

hace años, *Breaking Bad* irrumpió en nuestra conciencia como una serie muy distinta a aquella que hace meses concluyó. De ese primer encuentro con Walter White, un ordinario profesor y padre de familia, emocionalmente parco, que por una situación límite transforma cada ángulo del personaje propuesto en el primer capítulo; de ese hombre, ya prácticamente nada queda para el gran final. Sin duda, en esta evolución se encontró el vínculo de fascinación por la serie; sin embargo, esta complejidad adquirida por el personaje sublimemente interpretado por Bryan Cranston fue más consecuencia del modelo estructural que se incubaba en cualquier serie que de un planteamiento premeditado.

Elíjase la perspectiva que se quiera o necesite, *Breaking Bad* sacudió infinidad de interpretaciones posicionándose entre las favoritas la de la figura del antihéroe ya muy bien repasada y establecida en otras series como *The Sopranos* y *The Shield*; también, la de la encarnación de la maldad en un supuesto tipo común y corriente; y la que probablemente sea mi favorita: el colapso del *american way of life* visto mediante los ojos de un ejemplar ciudadano en tiempos de una de las mayores crisis económicas y morales de aquel país. Se podría concluir, para efectos prácticos, que la vastedad de lecturas sobre esta historia es proporcional a la complejidad alcanzada por sus personajes a lo largo de los 62 capítulos que compusieron la serie. Empero, si una idea debe surgir de una biopsia al programa, esta mostraría la de la involución narrativa de un protagonista en un antagonista.

Pero hablemos de ese primer bosquejo que surgió en un salón de clases, donde un frustrado profesor de Química de secundaria descubre que tiene los días contados por el cáncer de pulmón que le aqueja, y es así como decide emprender una nueva carrera como fabricante de metanfetamina para, así, poder solventar el futuro económico de su familia. En esta empresa estará acompañado de un joven exalumno suyo, Jesse Pinkman, quien de forma empírica ya había iniciado una

pobre carrera en el mundo del narcotráfico, pero que percibe en su antiguo profesor una jugosa oportunidad para expandir su negocio. El alcance de la reflexión que hoy provoca esta obra tiene que ver con demasiadas condiciones, todas inherentes a los desplazamientos en las personalidades de White y Pinkman, pero sin importar los giros dramáticos o las sorpresas narrativas, una verdad permanece intacta: se trata de una historia de aprendizaje en más de un sentido.

La educación es mucho más que un vínculo social entre Walter y Pinkman. Para el químico representa el cúmulo de frustraciones que convirtieron al científico en un resentido profesor de secundaria. Para Pinkman simboliza un vacío, una ausencia de confianza y oportunidades, donde ni en la escuela ni el hogar pudo acercarse a una respuesta. El resentimiento es evidente para ambos personajes. En esta historia, donde muchos alcanzaron el éxito y la fortuna a partir de la traición, el maltrato o el llano crimen, nuestros protagonistas tuvieron que aprender el camino a partir del deterioro de sus certezas. La química, que para Walter White existía como oráculo de convicciones sobre la vida y el porvenir, debió transformarse en un proceso mecánico de producción de combustible para drogadictos. Para Pinkman, la subsistencia hedonista de un día para otro dependió de una necesidad de confianza en las figuras adultas que por natural y adolescente convicción siempre deploró. Juntos, aprendieron a recorrer un desolador camino de crimen y muerte, donde la pequeña empresa alquímica que montaron tan sólo podía subsistir a partir del añejo vínculo que los presentó en un remoto pasado, el del aula en donde ambos se sabían patéticos, donde la pericia del maestro y la humildad del aprendiz los convertía en cómplices de un porvenir por demás incierto.

Breaking Bad nunca participó en la dinámica narrativa de un misterio o una suerte a resolver. Como en *The Sopranos*, la resolución siempre fue clara y evidente, muerte o prisión; el trayecto de este antihéroe nunca

tuvo un destino optimista, fue en el viaje (esa circunstancia que sí comparte con el héroe clásico) donde el espectador pudo relacionarse con los avatares de cada uno de los personajes. Para el profesor Walter White la química siempre fue ese juego elitista y su conflicto inicial participaba de ese recelo; llegado el momento prefirió dejar de padecer la ignominia y la humillación de la rutina de una secundaria pública en Nuevo México, para revelarnos que antes de ese punto en su vida, sus entrañables amigos habían encontrado la fortuna con sus proyectos de investigación. Es este el primer momento complejo de la evolución de White, donde como espectadores somos testigos de la desmitificación del profesor bonachón, lleno de anécdotas y una pasión por su área de conocimiento. Cuando descubrimos al científico celoso de su conocimiento, humillado por ni siquiera poder pertenecer a la élite universitaria, comienza la primera verdadera transformación del personaje en una suerte de Dr. Jekyll y Mr. Hyde.

Para White, Jesse Pinkman figurará como la realización de toda esa vida de indiferencia y falta de resoluciones. Al montarse en el papel de mentor del joven Pinkman para la fabricación de la codiciada droga, White se involucrará una vez más en el papel de docente, pero siempre guardando una distancia que pondrá

en conflicto, por momentos, su *ethos*. Así como el recurso del análisis psiquiátrico en *The Sopranos* fue planteado desde el primer capítulo y hasta el final como principio paralelo para comprender las inconsistencias entre el mafioso y el hombre de familia; la docencia, o mejor dicho, la educación, constituyó el reducto mediante el cual pudimos conocer más sobre los verdaderos motivos que convirtieron o terminaron por revelar a Walter White como un sociópata.

Esta modesta premisa educativa que por momentos funcionó más como necesidad para darle continuidad a las relaciones entre los personajes, revela al final una crítica por demás potente y fascinante. White más que necesitar el dinero para el sustento económico de su familia, lo anhela para proveerle una educación universitaria a sus dos hijos; Pinkman guarda entre sus recuerdos más valiosos aquel taller impartido en la escuela donde pudo construir una pequeña caja para alhajas que terminó vendiendo por drogas. Después de la fortuna, la masacre, la relación con personajes por demás peligrosos: el desplome de sus vidas; ambos, el maestro y el pupilo jamás pudieron abandonar esa noble relación con los sueños rotos de la educación, y al final, todos aprendimos junto con ellos que el *american way of life* se desmorona capítulo a capítulo. ▀

